

EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE

DERECHOS DE AUTOR

POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO.

UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION

70.36
7675
#16

UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

Centro de Estudios Folklóricos



I N G U A T
BIBLIOTECA

TRADICIONES DE GUATEMALA

16

Guatemala, Centroamérica

1981

act. de D. J. J. # 16 Cefol

ARCHIVO

CORPUS EN LA CATEDRAL EN EL SIGLO XIX*

Ramón A. Salazar

El corpus de la santa iglesia metropolitana era la gran fiesta de la aristocracia, la fiesta de las gentes de la calle real.

Para celebrar ese día se sacudían las casas solariegas, cuyas ventanas se abrían de par en par, a fin de exhibir al público el muy majestuoso espectáculo de ver congregadas a aquellas gentes, bebiendo sendos vasos de Champagne en sus salones apestosos a época colonial.

Yo recuerdo haber pasado de la mano de mi buena madre, una sencilla mujer del pueblo, deteniéndonos con la multitud a contemplar a los señores, quienes vestidos de negro, dándose unos a otros el título de excelencia o de usía, llenos de prosopopeya, saboreaban lentamente y con fruición ante un público de curiosos, largas copas de vino espumoso (entonces las copas de Champagne se usaban largas) y con beatífico contento, como que habían comulgado en la mañana, con voz meliflua y gestos llenos de unción se brindaban unos a otros dulcecillos de mazapán, tártaras y turrone; hablando de sus antepasados, aquellos españoles aventureros que vinieron a las Indias en los pasados siglos, esquilmaron aborígenes, robaron las reales arcas, vendieron su conciencia y su honra en cambio de algunos centenares de pesos, con los cuales compraron los títulos nobiliarios cuyos blasones y armas

* Tomado de Ramón A. Salazar, *Tiempo Viejo* (Recuerdos de mi Juventud) 2a. edición (Biblioteca de cultura popular "15 de septiembre", N. 41). Guatemala: Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1957, pp. 33-35.

subsisten hoy como recuerdo histórico, en la parte superior de algunas antiguas casas.

Y cuando habíamos presenciado aquel espectáculo gratis, entre risueños, burlones ya algún tanto sedientos, nos íbamos a apagar esta sed, nosotros plebeyos, a la plaza mayor, lugar de la fiesta, y allí por medio real, nos bebíamos satisfechos un vaso de blanca horchata de arroz, el champagne económico de los pobres, o una taza de rosicler. Y entonces comenzábamos a ver el desfile.

Por allí pasaba la gran dama vestida de gala, olorosa a agua florida de Lanman y Kemp, o agua de Colonia de Juan M. Farine, etc., que eran los perfumes de la época, con saya de gro crujiente, de color chillón rojo, verde o amarillo encendido, cubriendo una esponjada crinolina que hacía parecer a la dama, al andar, una campana mayor, oscilando; cubierta por arriba, con un pañolón bordado, también de seda, de valor de más de doscientos morlacos; los dedos cuajados de anillos, el pecho lleno de cadenas de oro de 18 quilates, y pendientes en las orejas en forma de torres de muchos pisos, y que casi les llegaba a los hombros; por allí el alto empleado, de pantalón blanco, frac azul con botonadura de oro, botas de charol con cañones colorados, bajo el brazo bastón con borlas y pomo de oro, el cuerpo tieso, el mirar severo, como de persona que se respeta y que sabe que las miradas de sus conciudadanos están sobre él, terminando por arriba aquella figura clásica con un sombrero de pelo no siempre a la última moda, pero sí relumbroso. Por allí el artesano con su traje dominguero y su chaqueta clásica de paño fino, calzado, si era maestro de taller, o sin zapatos si era oficial o simple aprendiz (No hay que olvidar que en aquel tiempo, si algún artesano se hubiera atrevido a usar chaquet o levita, cuando menos se habría expuesto a ser el ludibrio de las gentes de su clase, sino quizás a la censura de los señores que monopolizaban aquellos trajes para ellos). Los artesanos no usaron levita y guantes, sino hasta después de 1871. Y para no olvidar a ninguno de los concurrentes, se veían también por allí a otros hijos del pueblo, vestidos de dril blanco o de cotí modesto, con sombrero de palma, medrosos y admirados de ver el lujo de los ricos, o enamorados de la mengala airosa de color trigüeño, la que con su meneo zandunguero iba haciendo resaltar el corte de su saya de merino o de indianilla, y arrebatando corazones.

Y no era para menos, al verlas tan remonas con sus pendientes y soguillas de metal falso, adornadas de piedras ídem camisa escotada estilo primer imperio, que dejaba entrever los secretos de un turgente y robusto seno, y aquellos brazos bien torneados que sabían manejar con secretos de coquetería, sólo conocidos de sus dueñas, el oloroso chal salido de los telares de Mogoyón, o el de seda venido de San Salvador.

Y cuando toda esa multitud abigarrada estaba reunida en la espaciosa plaza, que en aquella época era un desierto empedrado, sin más adorno que la mala fuente que no hace mucho fue demolida, entonces bajo una lluvia de flores que caían de lo alto de la iglesia, de rodillas todos veíamos salir al Santísimo precedido por el venerable cabildo eclesiástico, los párrocos de la capital, los individuos todos del clero secular con sus casullas más lujosas, las comunidades religiosas, que eran muchas, los colegios azules y colorados, la Archicofradía del Santísimo Sacramento, los canónigos, etc., etc., todos con vela en mano, y seguidos de las tropas de la guarnición; cortejo majestuoso e imponente que desfilaba bajo un toldo de lona tendido en los cuatro costados de la gran plaza de armas, en cada una de cuyas cuatro esquinas había un altar más o menos lujoso, en el que se hacía una estación para cantar a grande orquestas y por los coros de la Catedral los himnos sagrados cuyos secretos sólo han sido revelados a los Bach, a los Haendel, a los Gounod.

Estas son las reminiscencias de mi infancia respecto a aquella solemnidad; a las que puedo agregar la de una carroza colorada con filetes de oro, que se hizo construir en Bélgica y que según entiendo fue estrenada en el año de 1859; tirada por cuatro caballos enjaezados ricamente y manejados por el cochero de la casa de Aycinena, a quien pertenecía este privilegio, y que todos los años acompañaba a esta procesión.

Respecto a otros pequeños detalles, poco tendré que agregar, pues los juguetes que constituyeron las delicias de los niños de mi generación, eran de la misma clase de los que hoy se venden por esos mismos tiempos. Los micos, los forlones y los birloches, el gigante que tan pronto pone su cabeza sobre la planta de los pies como la vuelve a su lugar, todo eso lo conocimos nosotros, ¡oh niños que hoy comenzáis a vivir!